

# Noé Jitrik, unas certezas



Maximiliano Crespi

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. La Plata, Argentina.

Este cambio de perspectiva es enriquecedor: por un lado, permite limitar críticamente nociones corrientes y en curso acerca de su función y necesidad (lo cual permite limitar las consecuencias semiológicas, culturales y políticas de tales nociones); por otro, da paso a otro nivel de consideración, una de cuyas manifestaciones es gnoseológicamente importante, a saber: que la lectura no es una sola y unívoca sino que coagula en una diversidad de formas (...) cuya comprensión y admisión implica una transformación.

Noé Jitrik, 2010: 192

Hay una imagen de la crítica de Noé Jitrik que ha terminado por imponerse. Seductora y etérea, cristaliza en el título de un volumen que reúne trabajos críticos seleccionados por Gonzalo Aguilar y Gustavo Lespada a fines de la década del 90: *Suspender toda certeza*. Que el propio Jitrik haya contribuido de algún modo a consolidar esa construcción, no le concede validez necesaria —aunque sí la carga de cierta verdad histórica—. Lo que en ese semblante se imponía era el estado de imaginación de una época de relativismo estetizado. Y aun cuando se trate de un momento ya desmitificado (en tanto forma de la imaginación debilitada y rendida al poder del neoliberalismo globalizado), algunos de sus efectos en el horizonte de “esferas” supuestamente autonomizadas permanecen todavía incuestionados. En este caso particular, dejando al descubierto el ejercicio de una lógica singular que, bajo la perspectiva de una historiografía contextualista, bien puede describirse como una mitología proléptica que tiende a trasfundir la posición ética de los propios compiladores a la totalidad del proyecto crítico del autor compilado.

La operación es sutil pero políticamente significativa: se parte de dar a entender que una ética basada en el axioma de que “no hay realmente lectura cuando la relación con un texto no provoca la suspensión de *todas las garantías* de certeza” (cita original de Jitrik) equivale a una crítica producida en la voluntad de “suspender *toda certeza*” (título de la compilación). Es una falsa ecuación porque, de una opción a la otra, está en juego nada menos que el derecho a buscar o no la caución que legitime una certeza —es decir: de resignarse o no a poder contar con ella—. Y el hecho de que los compiladores

cierran su operación cargando esa forma “sintetizada” [“suspender toda certeza”] con el peso de ser “algo condensador, característico y definitorio de esta forma de leer”, deja al descubierto lo problemático de la operación. El pliegue —que podría presumirse inocente, atribuible quizá a una búsqueda editorial de cierta economía de impacto en el título— produce un efecto contradictorio, no tanto por su apuesta en sí, sino por el gesto de establecerse sobre la base de una improcedencia metodológica. Porque si la idea —legítima, sin duda— es crear un precursor (y, con él, una tradición crítica para la propia inscripción), es polémico que se lo haga con la referencia fundacional de un artículo fechado en 1990 y aparecido por primera vez en esa misma compilación. Pero lo que resulta aún más discutible es la decisión crítica de proyectarla (en una antología definida bajo el criterio de la no circulación de los materiales) sobre producciones heterogéneas, realizadas desde otro marco y otras condiciones históricas. La retórica no atenúa la fragilidad del planteo. El cotejo del material consignado en el volumen lo exhibe, además de voluble, contradictorio respecto de su propia prueba empírica. Basta con considerar la singularidad de las fechas: 1959-1976, un arco políticamente definido (en versión Viñas habría sido: “Del sueño de la Revolución a la pesadilla del Proceso de Reorganización Nacional”), que pone en escena irrenunciables condiciones históricas para la producción y la circulación de la lectura crítica y hace difícil sostener la idea de suspensión sin un viso de connivencia.

De hecho, una rauda lectura de *Escritores argentinos: dependencia o libertad* (1967) y *Ensayos y estudios de literatura argentina* (1971), pero también de *Las armas y las razones* (1984) y aun de *Sombras breves* (2023), deja poco margen de duda: para Jitrik, la historia es la primera certeza con la que cuenta la lectura. Y los análisis sincrónicos realizados en distintos momentos del desarrollo de su proyecto crítico hacen pie en ese rasgo específico. Sobrio, preciso y objetivo, Nicolás Rosa parece haber comprendido, por ejemplo, ya en 1980, la particular modulación del trabajo de Jitrik al describirlo como renovación y ampliación respecto del modelo crítico-sociológico identificado, en el núcleo del grupo Contorno, con ciertos trabajos de David Viñas y Adolfo Prieto: “hacia un nuevo texto, hacia un nuevo discurso, parece apuntar el trabajo de Noé Jitrik, quien se afirma en la explícita intención de ‘explicar el relato’ [se refiere aquí a “El matadero” de Esteban Echeverría], con apoyaturas ajenas (aunque no excluyentes) a la sociología literaria tradicional” (1987: 85). Rosa percibe el rasgo determinante de lo que podría definirse como un trabajo de crítica ideológica, que concibe a la literatura como una forma cuyo sentido surge de una confrontación con el entramado político de los lenguajes sociales en contexto. No se trata, es claro, de creer ingenuamente que la literatura funcione como espejo pasivo, que refleje o se haga eco de los “contenidos” de los demás discursos; sino de entender que, en tanto procesamiento formal, la literatura puede hacer emerger contradicciones naturalizadas o sublimadas en y por esos otros discursos. Pero la literatura se ratifica capaz de catalizar esos sedimentos (en los cuales la contradicción se hace real) solo cuando el *trabajo crítico* consigue afirmar su sentido político en la historia. Por eso, apunta Rosa, para esa perspectiva crítica continuada luego por Josefina Ludmer, “la preocupación fundamental es dar cuenta de la ideología del texto a partir de su construcción” (1987: 85). Y, por ser fundamental, esa preocupación decanta inevitablemente en una toma de posición que apunta a convertirse en una segunda certeza: la de investir la crítica de una función política concreta: el trabajo de historización y de consecuente desnaturalización de los sentidos circulantes.

Para ello, argumenta Rosa, Jitrik recurre al empleo sistematizado de “las categorías (lingüísticas primero y luego semiológicas) de ‘forma’ y ‘significación’, de inspiración estructuralista” (1987: 85) —cuya eficacia crítica se consolidará, de hecho, en el lapso que va de *Muerte y resurrección de “Facundo”* (1968) hasta *El fuego de la especie* (1971)—. Sistematización que se cierra, en el período que se extiende de *Producción literaria y producción social* (1975) a *Temas de teoría* (1987), en un proceso de reajuste teórico-crítico

por el cual “el concepto de ‘forma’ es planteado como organización de elementos, recayendo en un organicismo estilístico-estructuralista, pero inmediatamente es recuperado en función de una instancia estructurante mayor” que define el sentido en el modelo articulado de la enunciación (1987: 85). Solo en tanto hay una búsqueda de sentido histórico con un horizonte de certeza tiene razón de ser el paso de la “crítica literaria” (como disciplina específica y autónoma defensora de la absoluta inmanencia del texto literario) al *trabajo crítico*. Bajo este concepto (que se reactiva desde sus constantes relecturas marxianas en vínculo con la problemática de la textualidad),<sup>1</sup> se articula el gesto constitutivo de un espacio de enunciación transversal, que define una praxis (“trabajo”) por una soberana disposición al cuestionamiento (“crítico”) —y no por simple subordinación en tanto discurso segundo o servil respecto de la literatura—. Una praxis que, dice Jitrik, “estará integrada a toda la producción social, recibirá de ella, le propondrá, tratará de modificar sus presiones, constituirá modelos que intentarán mostrar todas estas fuerzas” (1981: 273).

En la convicción de que el *trabajo crítico* toma su energía de la escritura que produce los textos, Jitrik subraya su condición moderna (crisis y explicación) y relacional, al tiempo que afirma como característica de su objeto (literario) el “no poder explicarse por sí mismo” (1981: 273). Esa caracterización del objeto deja entrever una tercera certeza: la de la necesidad de una crítica que no tome a su objeto como signo de algo que está en otra parte, sino como una materialidad que contiene en sí misma a esa otra parte. La literatura no es un discurso en que las contradicciones sociales son representadas; es un espacio donde esas contradicciones *también* se materializan. Por eso el *trabajo crítico* se constituye en la articulación entre el objeto y su disciplina, en la afirmación de la mutua demanda entre esas series que buscan la manera de romper “el carácter satelital, pasivo, estéril y cristalizante” que les asigna el mercado de las esferas. En tal sentido, entre el *trabajo crítico* y su objeto se establece una relación que es a la vez histórica y epistemológica: el *trabajo crítico* “acompaña su inscripción en la realidad al ritmo de otras disciplinas que intentan, entre todas, descubrir y conocer la realidad” (Jitrik, 1974: 356). Hay aquí una cuarta certeza: la que se vincula a lo que en el sueño autonómico se presenta como contradicción sublimada: “en la medida en que la crítica vela su relación con su objeto, y no se integra a las otras disciplinas, se reserva un aislamiento que es al mismo tiempo muy pobre y muy privilegiado” (1974: 356). La relación entre el trabajo-crítico y su objeto aparece así afirmada como “una relación de dos sistemas de producción que no intentan silenciarse recíprocamente ni superponerse” (1974: 357), sino que, al contrario, buscan hacerse hablar el uno al otro por fuera del registro de la convención.

En tanto *trabajo crítico*, el proyecto de Jitrik exhibe plena conciencia de sus condiciones históricas de emergencia y circulación en una red de discursos que tiende a encapsularlo en un espacio específico que le prodiga una autoridad y una libertad aparentes. Sobre esa certeza se afirma una ética de trabajo que se proyecta desde los textos publicados en *Centro* y *Contorno* hasta los reunidos en *Sombras equivas*, donde no vacila en afirmar que: “la crítica comporta una experiencia de trabajo concreto, a cargo de enunciadores (llamados ‘críticos’) que, al convertirla en praxis, asumen los riesgos y beneficios de su función, de lo cual obtienen un determinado lugar en la vida social, que es el espacio en que, junto a otras prácticas, asume su papel político” (2023: 65).

Por supuesto que, como advierten Aguilar y Lespada, Jitrik desconfía de toda enunciación crítica construida desde un lugar preautorizado o desde un espacio de saber

<sup>1</sup> “Si todo en la sociedad es trabajo, aun alienado, si la producción es el sentido mismo de la existencia social, los textos no pueden estar fuera de la sociedad ni fuera de la producción; pero, además, en cuanto lo que especifica la producción de los textos es la significación, en la medida en que la significación no puede entenderse fuera del conflicto social, la producción social entra a jugar doblemente en los textos”, escribe Jitrik (1981: 273).

satisfecho. Insiste en el carácter desestabilizador y productivo de la lectura (que la relación trabajo crítico-objeto de la lectura franquea entre el exceso y el defecto)<sup>2</sup> porque recela del Saber en su consistencia. El tipo de lectura que dispone el *trabajo crítico* (identificar, describir y analizar los sentidos connotados entre la literatura y los discursos sociales) implica incertidumbre, riesgo, inestabilidad. “Tributo a las deficiencias de una práctica, el *trabajo crítico* carece de lugar asignado en el espacio social”, dice Jitrik (1987: 68). Cruza los límites previstos y regulados en esferas; se manifiesta como una irrupción desasignada, problemática (improductiva para la lógica acumulativa de la capitalización simbólica). Y lo más importante: atraviesa las diversas series discursivas no para instituirse (o apropiarse de otro espacio), sino para transformarlo al uso y así dar lugar a sentidos nuevos.

Emerge, en ese punto, otra certeza que los libros de Jitrik no dejan de poner de manifiesto: que, aunque opera con ella, el *trabajo crítico* no agota la experiencia de la lectura. Toda lectura deja en el lector un resto sobre el que eventualmente se proyecta un saber, una imagen, una marca de impresión. El trabajo del tiempo produce una sedimentación de esa carga que se activa, a veces inesperadamente, con relación a la voz y la palabra de los otros. Incluso en las lecturas salvajes y de ávida absorción, producidas en el vértigo de la formación institucional o en la tregua de la distracción placentera, viven en el lector (como “fantasmas del saber”) y trabajan (como un río trabaja sus márgenes), silenciosa, incesantemente, el devenir del proyecto crítico, intelectual, vital. Consciente de esa lenta labranza como marca de una coherencia y de una insistencia, entrevistado por Eleni Kefala en 2008, el propio Jitrik afirma no haber cambiado el punto de vista desde aquellos textos del comienzo, sino tan solo haber llegado a encontrar instrumentos efectivos, que le han permitido sostener activo ese *trabajo crítico* que comienza por “intuir en un texto algún elemento significativo que podría explicar lo que es la estructura general o, con menor ambición, una situación textual determinada” (2008). Dejando a un lado la cuestión de la intuición (que aparece prendada al modelo de lectura auerbachiano), se puede distinguir el peso específico de otra (¿la sexta?) certeza sostenida en Jitrik como fundamento de la lectura: que en todo texto hay “un núcleo, que puede ser un aspecto o un detalle, o una rugosidad textual”, susceptible de llegar a ser el organizador de una lectura capaz de “articular un modelo del texto cuyo requisito principal era ético, no traicionado, y fecundo, o sea: que tuviera como consecuencia la posibilidad de postular una interpretación” (2008). Hay que leer también esa apuesta a “una interpretación” contra la propuesta que afirma la suspensión de “toda certeza”. Y hay que dimensionar su alcance en el horizonte de un interés crítico que insiste, incluso cuando la perspectiva teórica cambia (por ejemplo, en el pasaje del fino marxismo crítico inicial, concentrado en la descripción de procedimientos productores de significación, al sofisticado enfoque textual de raíz estructuralista y postestructuralista, concentrado en la reverberación del sentido): lo que en las páginas de *Sombras esquivas* es descrito como las condiciones en las cuales un porvenir sin exclusión, sin dominación y sin desprecio de la diferencia puede o podría eventualmente formularse como experiencia activa de un deseo —ese deseo que Jorge Monteleone (2017: 138) ha descrito justamente como “una antigua fuerza” que alimentaba a Jitrik—.

Los fantasmas acogen algo de esa “antigua fuerza”. En su biografía de lector, Jitrik afirma que el primer libro con peso y consistencia real en su formación y su deseo es *La part du feu* de Maurice Blanchot. Confiesa que ese texto le produjo la “enceguecedora impresión” de que había “cambiado por completo su forma de comprender

<sup>2</sup> Dice Jitrik en un ya célebre ensayo de lectura de *El juguete rabioso*: “Los riesgos de todo análisis de un texto son dos: el exceso y el defecto. En la primera dirección, el texto es superado, predomina una actitud que tiene que ver más con el método que con el objeto sobre el que el método de debería desarrollar; en la segunda, se trata de un más acá, sensación de no haber alcanzado lo esencial, aunque lo esencial no sea un ‘significado’ preciso” (Jitrik, 1987: 68).

el hecho literario”. Su *Horacio Quiroga* es sin duda prueba de ese encuentro. No tanto por la retórica del modelo de lectura elegido, sino por la lealtad de su fundamento ético: como el Blanchot lector de Char y de Kafka, el Jitrik de ese libro escribe desde la convicción de que la literatura despierta en el lector “el deseo de acercarse a lo que está detrás de lo que ‘se dice’, al secreto de la literatura” (2017: 41).<sup>3</sup> En su relato, a diferencia de lo acusado por otras voces de su generación (Viñas, Correas, Masotta), el nombre de Sartre remite a un paréntesis más bien voluntarista, donde el “compromiso” y “la toma de partido” llevan al joven crítico a “dejar de lado lo que había sentido antes”: “que, si la lectura no cambia al lector, inventándolo, no es lectura sino afirmación, documento quizás, puesta a prueba por lo general pobre” (2017: 50). Pero también aparece avalando un modelo de trabajo: el aún no formalizado “método progresivo-regresivo” que, retomando el de la historiografía de Marc Bloch, partía de la obra “para encontrar en la persona que la realizó la fuente, el núcleo existencial que daba lugar a la acción imaginaria” —método que daba “una sensación” de densidad física (corporal) a la lectura crítica entendida como acción política y como respuesta contingente al “desafío de escribir algo que no fuera simple comentario bibliográfico ni exposición académica” (Jitrik, 2017: 50-51)—. He ahí una séptima certeza: la de que la lectura no es una labor que un sujeto (lector) realiza sobre un objeto (texto), sino una experiencia de transformación de uno mismo mediada por el encuentro histórico con el (texto del) otro.

En los últimos tiempos, a la figura del fantasma se suma la de la sombra. El primero como una presencia que se activa en el lenguaje; la segunda como algo incierto que se encuentra sumergido en la memoria (2023: 160). Entre esos dos acechos Jitrik escribió sus últimos libros. En el vendaval de un mundo convulso y amenazante, sostener con él una larga conversación y trabajar a su lado en la edición de sus libros fue una experiencia única e iluminadora. En las charlas de café (a las que habitualmente se nos sumaba Luis Guzmán) o en los largos mails que me escribía a diario, una voz distinta a la que había leído en sus libros se hacía presente. Noé no se repetía, ni se reciclaba. Sostenía y reinventaba su amor por la literatura argentina y latinoamericana abriendo nuevas sendas en territorios que otro Jitrik había transitado tiempo atrás. Sin desdecirse, sumaba lecturas como quien suma matices a una composición inacabada. Siempre otro Borges, otro Sarmiento, otro Cortázar, otra crítica, otra interpretación. Y, así, otro Jitrik. A veces incluso, elíptica y elegantemente, contra lo realizado y afirmado en otro contexto: “si leer no problematiza, no es leer realmente, [porque] todas las lecturas proponen, sugieren o imponen algún cambio”, asegura en *Fantasmas del saber*.

En esta última etapa, el *trabajo crítico* de Jitrik se instaló decididamente en un género (el ensayo) y una forma (la conversación). Respecto del primero, y en referencia a sus *Ensayos sencillos*, hablaba de su “etapa montañista” (ironizando con Montaigne sobre su prolífica productividad). Respecto de la segunda, confiaba en su potencia soberana como espacio en que podía ponerse en juego algo del orden del interés sin ceder a su imposición. “Conversar no es lo mismo que informar, ni que ordenar, ni que implorar; pero su sentido se completa porque es el medio en el que intereses a veces personales y exclusivos, a veces recíprocos y comunes a quienes conversan, son comprendidos y compartidos”, escribió en ese libro (2021: 91). En ese arte de la conversación, dos factores diversos sostienen el equilibrio y lo condicionan: el peso de

3 Vale la pena recordarlo: en la Argentina de 1959, cuando se publicó el libro, “eso que está detrás de lo que ‘se dice’ no era para todos exactamente lo mismo. Ni siquiera dentro del “grupo Contorno” —que era un espacio donde confluían, a veces con cierta tensión, pensamientos en formación, encarnados por autores que compartían más su hastío respecto de los vetustos modelos de lectura oficiales que afinidades teóricas explícitas—. Que ese libro de Jitrik apareciera al mismo tiempo que *Martínez Estrada, una rebelión inútil* de Juan José Sebreli, y sobre el fondo de agitación y desconcierto producido por la Revolución Cubana, prueba que la convivencia en Contorno era estimulante porque se sostenía tensada entre el deseo de la literatura y la voluntad de transformación política (cfr. Cella, 1999: 38-46).

lo afectivo y la fuerza de la competencia intelectual. Jitrik apreciaba ambos aspectos por igual, hecho que se confirma en las dedicatorias sembradas en sus últimos libros.

Aunque siempre me hizo sentir como a un par (poniendo generosamente sus “pequeñas hipótesis” a consideración de mi lectura), siempre lo sentí y lo traté como a un maestro —en el sentido fuerte que George Steiner atribuye a esa figura—. Eso lo incomodaba, y me lo hacía saber. Habría sido obvio decirle que a mí me incomodaba más aún tomar una posición que no sentía merecer. Pero Noé insistía, a su particular manera. Con un ejemplar de *Ensayos sencillos* en la mano, en una improvisada presentación, me dijo (mirando al público) que, condicionado por el afecto, yo había sido demasiado permeable a los caprichos del amigo y que esperaba, para el próximo libro, más intervención del editor. Meses después me mandó por correo el primer borrador de *Sombras esquivas*, que trabajamos arduamente durante varios meses y que estaba casi listo cuando, repentinamente, se produjo su partida.

Me tomó un tiempo volver a revisar el material; la idea de dar cierre a ese trabajo implicaba de hecho asumir la realidad de un diálogo inconcluso y fatalmente interrumpido. Ahora está impreso y su presencia real vuelve en la materialidad de la letra. No sé si Noé pensaba en sus lectores cuando escribió que “las conversaciones más sólidas son las fundadas en el intercambio, o en el apoyo, o en las subjetividades no invasivas, o en silencios comprensivos, en respuestas y escuchas, en estímulos, o en aprendizaje” (2021: 92). Lo que sí sé es que quiero aferrarme a esa certeza.

## Bibliografía

---

- » Aguilar, G. y Lespada, G. (1997). Prólogo. En Jitrik, N., *Suspender toda certeza. Antología crítica 1959-1976*. Buenos Aires, Biblos.
- » Cella, S. (1999). Panorama de la crítica. En Jitrik, N. (dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 10 *La irrupción de la crítica*. Buenos Aires, Emecé.
- » Jitrik, N. (1974). Crítica satélite y trabajo crítico en “El perseguidor” de Julio Cortázar. *Nueva Revista de Filología Hispánica-NRFH*, vol. 23, N° 2: 337-368.
- » Jitrik, N. (1981). Escritura y trabajo crítico: una perspectiva productiva para la textualidad latinoamericana. *Acta Poética*, vol. 4/5, N° 1-2, 1982-1983: 253- 274.
- » Jitrik, N. (2010). *Verde es toda teoría: literatura, semiótica, psicoanálisis, lingüística*. Buenos Aires, Liber.
- » Jitrik, N. (2017). *Fantasmas del saber (lo que queda de la lectura)*. Buenos Aires, Ampersand.
- » Jitrik, N. (2021). *Ensayos sencillos*. Buenos Aires, 17 grises.
- » Jitrik, N. (2023). *Sombras esquivas. De la crítica y de la teoría*. Buenos Aires, 17 grises.
- » Kefala, E. (2008). Diez preguntas a Noé Jitrik. *Revista Iberoamericana*, vol. LXXIV, N° 222. Disponible en: <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.2008.5306>
- » Monteleone, J. (2017). Lo que no cesa. Presentación de *Fantasmas del saber*, de Noé Jitrik. *Babedec. Revista del Centro de Estudios y Crítica Literarias*. vol. 7, N° 13: 133-138. Disponible en: <https://doi.org/10.35305/b.v7i13.136>
- » Rosa, N. (1987 [1981]). La crítica literaria argentina actual: convergencias / divergencias. En *Los fulgores del simulacro*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

